



Anuario de Psicología

ISSN: 0066-5126

anuario-psicologia@ub.edu

Universitat de Barcelona

España

Di Masso, Andrés; Vidal, Tomeu; Pol, Enric
La construcción desplazada de los vínculos persona-lugar: una revisión teórica
Anuario de Psicología, vol. 39, núm. 3, diciembre, 2008, pp. 371-385
Universitat de Barcelona
Barcelona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=97021031005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Anuario de Psicología
2008, vol. 39, nº 3, 371-385
© 2008, Facultat de Psicologia
Universitat de Barcelona

La construcción desplazada de los vínculos persona-lugar: una revisión teórica

Andrés Di Masso
Tomeu Vidal
Enric Pol
Universitat de Barcelona

La psicología ambiental, desde una de sus distintas vertientes, se ha dedicado al estudio de los vínculos significativos que las personas establecen con los lugares. Estos trabajos se han centrado fundamentalmente en la relación con escenarios sociofísicos fijos y materialmente disponibles para la persona (casa, barrio, ciudad). Sin embargo, las actuales posibilidades de movilidad, desplazamiento y minimización de las distancias que caracterizan a la sociedad contemporánea originan situaciones particulares que desafían esta concepción estática y material de los lazos persona-lugar. En el presente artículo se realiza una revisión teórica de aquellas investigaciones que pueden contribuir a la exploración de los procesos de creación de vínculos persona-lugar en condiciones de desplazamiento o deslocalización. Los estudios en torno a mecanismos de generalización cognitiva, lazos simbólicos y construcciones lingüístico-discursivas ofrecen argumentos útiles para ello, e invitan a reflexionar en torno al rol contemporáneo del lugar en los procesos de subjetivación.

Palabras clave: psicología ambiental, desplazamiento, lugar, apropiación, apego.

The displaced construction of people-place bonds: a theoretical review

One of the issues that environmental psychology has explored is the study of the meaningful bonds that people have with places. Previous studies have focused mainly on the relationship with socio-physical settings, both fixed and materially available for the person (dwelling, neighbourhood, city). However, the current possibilities of mobility, displacement and minimization of distances defining contemporary societies underpin particular situations that

Correspondencia: Andrés Di Masso. Grup de recerca consolidat PsicoSAO. Departament de Psicología Social. Facultat de Psicología. Pg. Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona. Correo electrónico: adimasso@ub.edu
Original recibido: Febrero 2008. *Aceptación final:* Junio 2008.

challenge this static and material conception of people-place bonds. This paper presents a theoretical overview of the approaches within the discipline that can contribute to the exploration of people-place bonding processes under conditions of displacement or dislocation. Studies concerned with cognitive generalization devices, symbolic ties and linguistic-discursive constructions appear to be useful approaches, and invite us to reflect on the contemporary role of place in the processes of the constitution of subjectivity.

Key words: *environmental psychology, displacement, place, appropriation, attachment.*

El estado actual de la investigación psicoambiental en torno a los vínculos persona-lugar está en condiciones de comprender y explicar numerosos fenómenos. Entre estos, cómo el lugar deviene un parámetro fundamental en los procesos identitarios y de autodefinición (Korpela, 1989; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983; Valera y Pol, 1994); en qué medida el apego al lugar integra aspectos cognitivos, afectivo-emocionales, conductuales, socioculturales y temporales (Hidalgo y Hernández, 2001; Low y Altman, 1992; Werner, Altman y Oxley, 1985); cómo las personas nos apropiamos del espacio material y simbólicamente a distintas escalas (Giorgi, Padiglione y Pontecorvo, 2007; Korosec-Serfaty, 1976, 1984; Pol, 1996; Vidal y Pol, 2005); qué tipo de experiencias significativas son construidas en relación con qué tipos de lugares (Gustafson, 2001a; Manzo, 2005; Sixsmith, 1986; Stokols y Shumaker, 1981) o cómo el espacio urbano deviene un escenario simbólico (Valera, 1996) y una representación social (Milgram, 1984; Pailhous, 1984).

Con igual evidencia, la mayoría de estos trabajos ha tomado como objeto de estudio espacios y lugares que cumplen como mínimo dos características: se trata de *escenarios materiales*, que están además *físicamente disponibles* para la persona. De este modo, se sabe que las personas se apegan al “barrio”, se apropián de su “habitación”, sienten que pertenecen a la “ciudad” en la que residen o afirman que su “casa” significa seguridad y refugio.

No obstante, a la luz del ya tópico fenómeno de ‘globalización’ (Bauman, 1998; Sassen, 2006), la experiencia psicológica del espacio parece abrirse a nuevas modalidades de vinculación persona-lugar derivadas tanto de la posibilidad de moverse geográficamente con mayor facilidad y frecuencia, como sobre todo de trascender las distancias sin cambiar de territorio. Situaciones como emplear un sistema de videoconferencia desde Barcelona para evaluar a un alumno de postgrado que está en Bogotá, poder viajar un fin de semana a Londres en una compañía aérea de bajo coste o cambiar de residencia bianualmente por motivos de trabajo, influyen sobre el modo de comprender el espacio y el tiempo, emergiendo contextos, expectativas y vínculos psicoambientales previamente inexistentes.

Si bien lo anterior apunta decididamente hacia un hipotético desarraigo de las condiciones humanas de existencia, parece demasiado aventurado afirmar que el espacio, el lugar y el territorio han devenido categorías conceptuales obsoletas para pensar la realidad social. Como ha sido prudentemente señalado (Ahmed *et al.*, 2003; Bhabha, 1994; Fortier, 2000; Gupta y Ferguson, 1992;

Rapport y Dawson, 1998), la posibilidad contemporánea de trascender los marcos geográficos de la experiencia no debe conducir a la eliminación de la realidad espacial del campo de análisis, sino a la elaboración de marcos teóricos capaces de conceptualizar los procesos de desplazamiento. En otras palabras, el movimiento como rasgo que define a la sociedad global no se opone al lugar como espacio de arraigo, sino que obliga a incorporar el desplazamiento como una nueva forma de localización.

Desde una perspectiva psicológica, este planteamiento acarrea una serie de importantes consideraciones teóricas y establece un interrogante: ¿dispone la disciplina de un aparato conceptual adecuado para abordar la experiencia significativa que las personas establecen con los lugares en crecientes condiciones de movilidad y desplazamiento? En el presente artículo se realiza una revisión teórico-conceptual de aquellas nociones desarrolladas por la psicología ambiental que pueden contribuir al estudio de la construcción de los vínculos persona-lugar en tales condiciones. Entre éstas, las derivadas de las crecientes posibilidades de viajar (por ocio o trabajo) y de cambiar de residencia favorecidas por el desarrollo de los medios e infraestructuras de transporte; las situaciones de multilocalización simultánea gracias al soporte de nuevas tecnologías de comunicación; los contextos sociales de desarraigó y re-arraigo en los lugares de destino por parte de comunidades de personas migradas de forma voluntaria o más o menos exigida (junto con sus posibles segundas generaciones); y, en general, aquellas condiciones que promueven la elaboración de vínculos simbólicos basados en la memoria o en experiencias vicarias desencadenadas por la ausencia inmediata de los espacios de referencia. El propósito es avanzar hacia la integración conceptual del espacio y la deslocalización como experiencias psicológicas relevantes en épocas de movimiento y transterritorialidad.

Ampliando el lugar: la generalización cognitiva

Las personas nos implicamos psicológicamente con lugares que son significativos en nuestras vidas, aunque en el presente puedan estar espacial y/o temporalmente alejados. Varias aportaciones en esta línea han enfatizado las dimensiones cognitiva y emocional de estos vínculos, así como han sido planteadas desde una perspectiva estrictamente individual.

Un punto de partida ineludible es la teorización por parte de Proshansky (1978) y Proshansky, Fabian y Kaminoff (1983) en torno a la identidad de lugar. Mediante este concepto, los autores incorporan los escenarios físicos al estudio de la auto-identidad y a las teorías del self, subrayando la existencia psicológica de una sub-estructura formada por cogniciones (incluyendo sentimientos, recuerdos, creencias, preferencias, memorias, actitudes y experiencias) originadas a lo largo de la biografía de la persona en relación a sus espacios de vida sociofísicos. De este modo, por ejemplo, una persona que afirma “soy de París” estaría manifestando su identidad de lugar en relación a esa ciudad, entendida como categoría de pertenencia que organizaría la experiencia psicológica de esa persona con ese lugar. Si bien esta conceptualización ha

recibido críticas por estar excesivamente centrada en el individuo y supuestamente fracasar en el intento explícitamente declarado de hallar un principio organizador de la experiencia de los lugares (Korpela, 1989; Sarbin, 1983), es posiblemente el primer intento deliberado y sistemático de abordar las relaciones persona-espacio desde una perspectiva cognitiva, sentando las bases para la formulación del funcionamiento trans-espacial de las vinculaciones con el lugar.

Esta última cuestión es recogida por Roberta Feldman para situarla en el centro de una propuesta teórica especialmente relevante de cara a la comprensión de las influencias de la movilidad residencial sobre los lazos psicológicos con el lugar (Feldman, 1990). En su estudio, la autora trata de responder a la pregunta sobre cómo las personas, en un contexto de falta de estabilidad residencial, pueden mantener un sentido de continuidad en su experiencia con los lugares. La hipótesis de Feldman se resume en que debe existir algún modo de vinculación con el entorno que permita conjugar estabilidad y cambio en relación con el lugar, de forma que la discontinuidad de la experiencia residencial no genere constantes desapegos. Tras aplicar una encuesta en Denver (EEUU) manejando las variables ciudad/suburbio como tipos de lugar hipotéticamente diferentes, Feldman concluye que las personas desarrollan vínculos psicológicos con *categorías de lugares* mediante un mecanismo de generalización: “la experiencia personal de los lazos psicológicos con el lugar como *escenario local específico*, puede generalizarse hacia la experiencia de lazos psicológicos con un *tipo de escenarios*” (p. 191). Así, las personas al cambiar de residencia tenderían a elegir lugares que compartieran un conjunto de características, haciéndolos preferibles frente a otros (por ejemplo, ciudad o suburbio), y desarrollando lo que la autora denomina una “identidad de asentamiento” (*settlement-identity*). Ésta, al estilo de la identidad de lugar de Proshansky *et al.* (1983), estaría formada por un patrón de cogniciones que vincularían la identidad de la persona a una clase de lugares, funcionando como una estructura de segundo orden integrando el desplazamiento y el apego en un mismo concepto. Entre las funciones de la *settlement-identity*, en consecuencia, estarían la de otorgar fluidez a las experiencias de cambio residencial y permitir el traspaso de propiedades deseables de un lugar a otros mediante mecanismos de generalización cognitiva.

El desarrollo de Feldman, como la autora misma destaca, tiene la virtud de aportar una concepción supraordenada de los lugares análoga al funcionamiento de otros tipos de esquemas cognitivos que organizan la experiencia personal, tales como los guiones comportamentales o los estereotipos. No obstante, la propuesta considera explícitamente el caso de los espacios geográficos materiales y directamente experimentados, centrándose predominantemente en la dimensión de continuidad: “Los resultados sugieren que la experiencia de lazos psicológicos con *entornos tangibles* puede funcionar transespacialmente, es decir, para categorías de asentamientos” (p. 222, cursiva añadida). Algo similar pero un poco más matizado afirmará posteriormente Fried (2000), al analizar las consecuencias psicoambientales del desafío a formas estables de apego comunitario, buscando tipos o estilos de ambientes preferidos que sitúen la comprensión de los procesos de relación persona-lugar más

allá de la experiencia directa y vivida en el pasado o en el presente. Fried apunta, por lo tanto, a una ampliación de la naturaleza representacional del lugar que lleve a un concepto más diferenciado de identidad territorial.

La tendencia teórica a desplazar los procesos de vinculación persona-lugar en la dimensión cognitiva, individual y en relación a escenarios tangibles subyace a otro conjunto de propuestas que han sido explícitamente relacionadas por autores como Hay (1998). El esfuerzo teórico de Stokols y Shumaker (1981) por tipificar los escenarios sociofísicos del comportamiento humano, permite una sistematización de sus procesos y dimensiones psicosociales principales. Desde una perspectiva transaccionalista, los autores proponen los “lugares genéricos” como escenarios agrupables según características funcionales más allá de su localización geográfica específica. En su vertiente subjetiva (o como propiedades subjetivas de asociación persona-lugar), Stokols y Shumaker definen la “dependencia de lugares genéricos” como la percepción que las personas tienen de estar fuertemente vinculadas a tipos de lugares (lugares genéricos). Los puntos en común con el trabajo posterior de Feldman son evidentes, aunque estos autores contemplan que “a las personas les puede importar profundamente un lugar *que nunca han visto y probablemente nunca vean*, por aquello de lo que (en áreas genéticamente similares) provee” (p. 463, cursiva añadida). Es decir, existiría la posibilidad de implicarse subjetivamente en lugares desconocidos por el hecho de pertenecer a un tipo de lugares genéricos con los que se mantiene una dependencia de lugar. La aportación es clara para el avance hacia la teorización de los lazos psicológicos con lugares inasequibles, pero todavía adolece de una connotación territorial igualmente determinante. En definitiva, la equiparación de lugares específicos en virtud de su pertenencia a clases genéricas no deja de darse por referencia a escenarios materialmente practicados (por ejemplo, un niño apegado a *todas* las áreas de juego con columpios, independientemente de su localización e incluso cuando no las conozca, por referencia a aquella *área específica* en la que juega cada día).

Otra aportación significativa en la línea del trabajo de Feldman (1990) es la investigación de Twigger-Ross y Uzzell (1996) sobre el rol del lugar en los procesos identitarios. Los autores se proponen evaluar en qué medida las apreciaciones que las personas hacen de su cambiante entorno residencial (los Docklands de Londres) están orientadas por los principios de identidad desarrollados en la Teoría del Proceso de Identidad de Breakwell (1986). Tras realizar 20 entrevistas individuales semi-estructuradas a sendos grupos de personas previamente seleccionadas según su grado de apego al lugar, el estudio concluye que las personas apegadas argumentan su relación con el entorno de formas que apoyan su identidad en términos de distintividad, continuidad, autoestima y autoeficacia. Para el resto de participantes (no apegados) las apreciaciones resultaron neutrales o incluso negativas.

Lo más relevante del estudio de Twigger-Ross y Uzzell es la constatación de que el funcionamiento del vínculo de apego en relación a la identidad se da en parte por lo que los autores denominan “continuidad por congruencia del lugar”. Con esta expresión los autores se refieren a un tipo de apego al lugar que viene dado por su grado de coincidencia con las preferencias valorativas

de la persona. Lógicamente, así entendido el apego se haría extensible a entornos no presenciados, pero sí congruentes con los deseos y valores de la persona que habita o conoce directamente un entorno psicológicamente análogo. La interpretación de esto último confirma los resultados de Feldman (1990) y, adicionalmente, acentúa el papel que desempeñan los lugares en la construcción y regulación de la auto-identidad. Un enfoque funcional que remite, entre otros, al estudio de Korpela (1989) sobre la identidad de lugar como resultado de un proceso de auto-regulación ambiental guiado por los principios de coherencia y reducción de la tensión cognitiva, y al trabajo de Devine-Wright y Lyons (1997) en torno a los lugares históricos como organizadores de procesos de memoria colectiva y refuerzo de identidades grupales. En ambos casos, el peso de este componente psicológica y socialmente funcional de la identidad de lugar subrayaría el carácter secundario del entorno físico inmediatamente disponible en la vinculación persona-lugar.

Por otro lado, Hay (1998) ha distinguido entre formas más o menos arraigadas del sentido de lugar. Entre las variables que considera para analizar las alteraciones evolutivas en la vinculación con el lugar incluye el hecho de haber nacido o vivido allí, así como las relaciones ancestrales que puedan modular el sentido personal de localización. Asimismo, pese a afirmar la necesidad de mantener un contacto periódico directo con el lugar para poder sostener la vinculación con el mismo, Hay también afirma que aquél puede estar ausente, convirtiendo entonces el lazo con el lugar en una relación de nostalgia.

Significando el lugar ausente: los procesos simbólicos

Si el anterior conjunto de estudios constituye una línea de investigación centrada en la generalización de las experiencias de vinculación con lugares específicos, junto con su valor funcional para la regulación auto-identitaria, otras aproximaciones han situado el peso del análisis en la experiencia significativa del lugar en su dimensión simbólica. En estos casos, son la apropiación del espacio y el apego al lugar los ejes conceptuales desde los que inferir elementos susceptibles de desplazar y desarraigear los lazos persona-lugar.

El concepto de apropiación halla su origen en las tradiciones fenomenológica y marxista (Korosec-Serfaty, 1976; Pol, 1987/1994), así como posteriormente en la psicología soviética de Vygotksi, Luria y Leontiev (Vidal y Pol, 2005). Aplicada al estudio de las relaciones con el espacio, la apropiación ha sido con frecuencia negativamente connotada y reiteradamente reducida a su vertiente territorial (Brower, 1980; Brunson, Kuo y Sullivan, 2001; Childress, 2004), lo cual ha tendido a restringir su empleo al estudio de la ocupación y control de espacios físicos inmediatos.

El modelo dual de la apropiación propuesto por Pol (1996, 2002) y empíricamente contrastado por Vidal, Pol, Guàrdia y Peró (2004) supone una excepción a esta tendencia. Los autores definen la apropiación del espacio como un proceso dialéctico de relación persona-entorno por vía territorial y simbólica, orientado al dominio de las significaciones de objeto (Korosec-Serfaty, 1976),

donde el lugar es socialmente construido y el sujeto-agente es transformado en el acto apropiativo. Así, la apropiación del espacio, es decir, el proceso por el cual un espacio deviene un lugar interiorizado, significativo y con un sentido identitario para la persona, tiene una dimensión simbólica intrínseca. Esta operaría como una identificación resultante de procesos cognitivos, afectivos e interactivos. El modelo, en suma, aun estando formulado en relación a entornos espacialmente disponibles, permite dar cuenta de procesos apropiativos donde la identificación simbólica trasciende el espacio material. La definición de Moles (1976), quien entiende la apropiación como la tendencia del individuo a ejercer un control sobre alguna porción del mundo, ya sea por su presencia actual o *vicaria*, subraya esta ausencia parcial del territorio, como también lo hace Valera (1996) al hablar del espacio simbólico urbano.

El valor explicativo de los procesos de significación para comprender las formas desplazadas de vinculación con el lugar caracteriza la propuesta de Gustafson (2001b). Interesado por la interacción entre los procesos de movilidad y de apego al lugar desde la experiencia de las personas, el autor se opone a la tradicional asociación teórica entre apego al lugar y sentimientos positivos de arraigo y autenticidad, por un lado, y entre movilidad, desapego y experiencias negativas de desarraigamiento, por el otro. Gustafson muestra cómo las personas informan positivamente de su relación con el lugar tanto en términos de apego como de movilidad, no siendo incompatibles sino estando relacionados en contradicción, equilibrio o complementariedad. Más críticamente, esta perspectiva de “rutas y raíces” busca provocar un giro en la connotación negativa de la movilidad en un imaginario científico-social basado en parámetros de arraigo territorial que serían actualmente obsoletos. El desplazamiento, concluye Gustafson, demuestra ser también una fuente de experiencias del lugar agradables.

Tal como se ha destacado al inicio, el desplazamiento no se relaciona sólo con la movilidad territorial creciente, sino también con la posibilidad de salvar distancias geográficas y temporales sin moverse del lugar. Es desde esta concepción desde la que algunos estudios sobre apego al lugar contribuyen a una visión del mismo más ‘desapegada’ de lo que el propio concepto sugiere. Definido ampliamente como el establecimiento de lazos de las personas con los lugares (Low y Altman, 1992), el apego al lugar se caracteriza por reunir afectos, cognición y práctica; referirse a lugares de distinta escala, especificidad y tangibilidad; involucrar a diversos actores y relaciones sociales, y sobre todo por presentar aspectos temporales tanto lineales como cíclicos.

La cuestión de la tangibilidad de los lugares lleva a preguntarse sobre “los apegos a lugares con los que hemos tenido experiencias directas, frente a los lugares de los que sólo conocemos algo indirectamente”, y sobre las “diferencias en los apegos a lugares reales en comparación con lugares míticos, hipotéticos o imaginados” (Low y Altman, 1992, p. 6). Las respuestas a estos interrogantes aparecen tímidamente en las contribuciones de Riley, Chawla y la propia Setha Low en la obra de Altman y Low (1992). El primer autor resume su visión sobre el apego a los paisajes ordinarios (entendidos como lugares en sentido amplio) destacando que es el paisaje imaginado el que tiene auténtico

significado, poder e importancia en el proceso de apego, más que el paisaje físico específico. Más allá, Riley se interesa en el lugar en la medida en que es el medio en el que se producen experiencias vitales importantes para la persona, siendo el apego dirigido a personas, ideas o situaciones pasadas vinculadas al lugar lo verdaderamente relevante. De forma igualmente sugerente, Riley subraya la escasa atención teórica y empírica prestada a la fantasía, la memoria y la narrativa interna de esos paisajes.

Desde enfoques centrados en el apego infantil y el apego cultural, respectivamente, Chawla y Low proponen sendas tipologías de vinculación de las personas con los lugares que se suman a las ideas de Riley en lo que a la relativización del lugar físico se refiere. En el primer caso, la autora se cuestiona si los apegos a los lugares tienen entidad propia, o si constituyen meros efectos secundarios de apegos sociales. Mediante autobiografías ambientales como metodología, y apoyada en la teoría psicodinámica de las relaciones de objeto, Chawla establece cuatro formas de apego infantil entre las que destaca la idealización como mecanismo que permite construir un “mundo mentalmente habitado” intensamente vivido. De forma similar, Low detalla la importancia de los lugares simbólicos en la vinculación persona-lugar, desarrollando una tipología de seis formas de apego cultural entre las que destacan la genealógica y la narrativa. La primera derivaría de los lazos con el lugar cifrados en las prácticas culturales que definen la historia familiar, y la segunda se originaría mediante mecanismos narrativos y el uso del lenguaje.

Tanto Chawla como Low, junto con Riley, no sólo explicitan la posibilidad de desarrollar apegos a lugares cuando éstos están materialmente ausentes, sino que *cuestionan el estatus ontológico del lugar* como objeto de apego. Es en este giro conceptual donde el análisis de los mecanismos desplazados de vinculación con el lugar como proceso simbólico capaz de trascender la distancia física asume un papel central. El apego al lugar religioso, por ejemplo, como señala Mazumdar (2005), es capaz de hacer que multitudes de personas sientan la Meca como un lugar íntimo aun cuando muchos no han estado allí nunca, y avala esta relativización del valor material del lugar como algo psicológicamente relevante.

Possiblemente sea el trabajo de Rowles (1978, 1983) en torno a los procesos de apego al lugar en la tercera edad el que mejor viabilice una propuesta conceptual sobre el desarrollo de sentidos y profundos vínculos con lugares ausentes o inexistentes. También adscrito a una ontología de los lugares imaginados, Rowles (1978) indaga en la experiencia geográfica subjetiva de personas de edades superiores a los 65 años, descubriendo la enorme capacidad de los entrevistados para trasladarse imaginariamente a lugares de su infancia, a espacios inventados o tomados de la televisión o de novelas, así como para involucrarse intensamente en los lugares de residencia de familiares próximos nunca visitados. El autor distingue entonces entre dos tipos de fantasía mediando esta experiencia geográfica: la *fantasía reflexiva*, permitiendo a las personas trasladarse imaginariamente a lugares de su pasado biográfico, y la *fantasía proyectiva*, posibilitando una vinculación psicológica con entornos actuales habitados por familiares cercanos, o con mundos futuros inexistentes. La descripción

de Rowles resulta aún más sugerente al considerar que en la mayoría de los casos las personas entrevistadas se apropián de su espacio doméstico personalizándolo con objetos capaces de desencadenar su correspondiente fantasía geográfica. En un estudio posterior (Rowles, 1983) en torno a la afectación sobre el apego al lugar de la movilidad residencial en la tercera edad, la definición de este mecanismo de neutralización de las distancias espaciotemporales es generalizado a todo el ciclo de vida, y precisado en su definición: “la gente mayor, pero ciertamente todos nosotros, tenemos la habilidad de proyectarnos a nosotros mismos vicariamente sobre ambientes desplazados en el espacio y/o en el tiempo, no necesitamos estar presentes en él para participar en un lugar” (p. 304). La idea de habitar vicariamente lugares que recordamos o que activamos simbólicamente remite a una forma de apego que Rowles denomina “interioridad autobiográfica”.

Construyendo el lugar: las propuestas lingüístico-discursivas

Una tercera orientación que ofrece claves para el desarraigo de los vínculos persona-lugar está representada por el énfasis en el lenguaje y el discurso como formas de construcción significativa de lugares. Plenamente inscritos en una epistemología del lugar como fenómeno intersubjetivo o exclusivamente como construcción social, estos trabajos restan atención a los marcos físicos de la experiencia para situar el foco de análisis en los canales y estrategias verbales que vehiculan o construyen el lugar. En consecuencia, es el potencial reificador de las palabras y el lenguaje en uso sobre el lugar lo que adquiere protagonismo, contribuyendo a una desmaterialización del lugar capaz de dar cuenta al mismo tiempo del tipo de lazos psicológicos desplazados que desencadena.

Las primeras aportaciones en este sentido corresponden a los enfoques fenomenológicos de Graumann, desde la psicología, y de Tuan, desde la geografía humana. En su exploración del uso científico del concepto de apropiación, Graumann (1976) recoge el planteamiento de Vygotski acerca del papel central del significado y de los sistemas verbales en el aprendizaje de la experiencia generalizada de la humanidad generación tras generación. El valor de un enfoque de la apropiación centrado en una trayectoria desde lo social hacia lo psíquico, y no en sentido inverso (como sugeriría la epistemología piagetiana), conduce a la necesidad de considerar los medios por los que opera esta interiorización socializada desde la que emerge el individuo como agente cognosciente. La precisión de las palabras de Leontiev (1959) apuntala la visión de Vygotski y sitúa los procesos lingüísticos en el núcleo de la cuestión: “...el contenido de la experiencia humana, formado históricamente, es generalizado y fijado en forma verbal; para que el niño lo asimile, debe ser transmitido al sistema de significaciones verbales de segunda señalización” (p. 145). En este marco, y refiriéndose a las relaciones con el espacio, Graumann destaca la comunicación sobre el lugar como vía de apropiación en la que el dominio cognitivo y lingüístico constituye un elemento de especial relevancia. Así, los signos, palabras y etiquetas devienen recursos normativos y reguladores que

socializan al individuo en los significados del espacio. En sentido similar, Raymond (1976) y Moles (1976) han señalado respectivamente la comunicación y la semiótica como mecanismos de apropiación del lugar, en tanto que dominio cognitivo donde la memoria y el conocimiento de terceras personas serían componentes principales.

Por su parte, Tuan (1991) dedica un artículo a examinar cómo la construcción de los lugares en geografía ha sido explicada principalmente mediante argumentos económicos y materialistas. Frente a ello, emplea un enfoque lingüístico-narrativo para analizar la creación de lugares significativos desde la premisa según la cual “nombrar es poder –el poder creativo de ‘llamar a algo’ para que ‘sea’, de hacer visible lo invisible, de imponer cierto carácter a las cosas” (p. 688). Mediante una serie de ejemplos en torno al papel de los relatos literarios, las historias orales y otras formas simbólicas culturalmente organizadas en la elaboración de lugares significativos (mitos, canciones, etc.), Tuan concluye que el ambiente físico como entorno central en el análisis de la relación con los lugares es notablemente limitado, y por tanto ampliable mediante el análisis del habla como práctica mediadora entre la persona y el ambiente. En este punto, cabe recordar el papel otorgado por Low (1992) a la narrativa como vía de apego cultural al lugar, donde las palabras y las historias familiares constituirían potentes formas de vinculación simbólica con lugares no necesariamente disponibles en el plano material.

Pero son seguramente los enfoques construcciónistas discursivos los que mejor den cuenta del papel del lenguaje y el habla espacializada en la elaboración de significados del lugar, permitiendo un desarraigo definitivo de la experiencia localizada. Más precisamente, lo que interesa es el lenguaje en uso y la orientación a la acción de las formulaciones espaciales que se expresan bajo la apariencia de vínculos estables, psicológicamente internos, entre las personas y los lugares. En este sentido, la influencia ejercida por la lingüística aplicada al estudio de la interacción social (Potter y Wetherell, 1987; Schegloff, 1972), el planteamiento de una psicología social de orientación retórica (Billig, 1987), la consolidación de la psicología discursiva (Edwards, 1997; Edwards y Potter, 1992) y el impulso renovado de la fenomenología del lugar (Auburn y Barnes, 2006) ha supuesto, adicionalmente, un reto para el estudio de las relaciones significativas que las personas establecemos con los lugares en el contexto de las prácticas discursivas que los construyen y dan sentido.

Como ejemplo de lo anterior, Dixon y Durrheim (2000) han tratado de socavar la concepción tradicional de la identidad de lugar derivada de los planteamientos de Proshansky *et al.* (1983). Los autores elaboran una crítica del concepto de identidad de lugar en cuatro sentidos: primero, se centra en la dimensión *individual* de la experiencia del lugar; segundo, se plantea como un *contenido cognitivo interno*, una ‘cosa’ que reside en el interior de la ‘mente’ de las personas; tercero, asume una *perspectiva a-problemática* en relación al papel del lugar en la identidad de la persona; y cuarto, ignora el *sentido político e histórico* de la construcción de relaciones identitarias persona-lugar. Se deduce de ello un enfoque típicamente construcciónista (Burr, 1995), que ofrece como alternativa una identidad de lugar basada en procesos histórica-

mente situados, permanentemente construida en el flujo de la interacción social y políticamente problematizable.

En el plano empírico, la investigación de Dixon y Durrheim (2000) se basa en un análisis de las consecuencias de la des-segregación en las playas de la Sudáfrica post-apartheid, donde las identidades de lugar desarrolladas tras la expulsión de la población negra de determinados espacios han sido desafafiadas por el fin legal de la segregación. Mediante un análisis del discurso sobre estos espacios, los autores muestran cómo el habla sobre la identidad de lugar deviene un recurso funcional orientado a la acción (justificarse, construir una versión creíble de sí, reflejar una posición moral aceptable, crear diferenciaciones categoriales racializadas, etc.), contribuyendo a la reproducción de tradiciones ideológicas. La vinculación con el lugar y, de forma más importante, el ‘lugar’ en sí, son en este caso construcciones colectivas altamente sensibles al debate público e irreductibles tanto a una simple existencia física (lugar) como a una instancia psicológica interna y estable (vínculo) materialmente dependiente de aquélla.

Otros desarrollos en una perspectiva discursiva han contribuido a comprender, por ejemplo, cómo las personas manejan el habla sobre los lugares para construir criterios normativos con fuerte connotación moral. Así, Stokoe y Wallwork (2003) han analizado disputas vecinales entre casas contiguas, encontrando que las relaciones espaciales juegan un papel central en la regulación discursiva de sus relaciones sociales. El habla localizada (ej. “saltar una valla”, “jugar frente a la entrada de casa”, “mirar al vecino a través de los arbustos”), argumentan, deviene una herramienta para acusar, culpar y eximirse de responsabilidad frente a cualquier controversia, más allá de cualquier “honesta creencia” acerca del significado moral atribuido al espacio. De forma parecida, otros estudios han analizado los usos retóricos del espacio público como recurso discursivo socialmente funcional tanto para la ocupación como para el desalojo de un espacio urbano en conflicto (Di Masso, 2007), el papel de la retórica en la construcción de los fenómenos ambientalmente relevantes (Aiello y Bonaiuto, 2003) o las narrativas de extrañamiento en torno al hogar ausente en personas inmigradas (Ahmed, 1999).

Pese a destacar la naturaleza socialmente construida del fenómeno del “lugar” y su uso en la organización y regulación de secuencias de interacción social, los enfoques socioconstrucciónistas todavía no han abordado *explícitamente* la relación persona-lugar a la luz de los fenómenos de desplazamiento y movimiento. Es más, aplicado a nociones psicoambientales tradicionales, el enfoque construccionista incluso adolece de un paradójico arraigo a alguna forma de realidad espacial material (por ejemplo Milligan, 1998, en torno a la construcción social del apego al lugar).

Por otro lado, las críticas al esencialismo, cognitivismo e individualismo de conceptos como el de identidad de lugar de Proshansky *et al.* (1983), formuladas en la línea de Dixon y Durrheim (2000), encuentran precedentes teóricos en una orientación psicológica tradicional pero no por ello menos crítica. Basta citar la concepción de ‘personalización’ de Villela Petit (1976), negativamente connotada –y patologizada– como la búsqueda intencional de significación de

un espacio u objeto, o el “consumo de significados” del espacio referido por Rubert de Ventós (1980), reforzando la dimensión socialmente funcional y económicamente rentable de la significación del entorno (por ejemplo en intervenciones de transformación urbana orientadas al márketing de ciudad). De manera similar, siguiendo el enfoque teórico de Korpela (1989), la identidad de lugar puede intervenir en la regulación de la experiencia psicológica del entorno en casos en los que la construcción de una identidad positiva resulta complicada o imposible para la persona, por ausencia de su escenario material. Así, el anclaje sobre referentes identitarios de lugar propios del pasado (ej. el barrio que *ya no es el que era*, o la ‘tierra de origen’ migratorio) como refugios de seguridad ontológica, ejemplifica formas de vinculación trans-espacial desde conceptos no construcciónistas, y que no son habitualmente considerados.

Conclusiones: hacia un análisis psicosocial de los lugares sin espacio

La revisión realizada hasta este punto permite afirmar que la psicología ambiental ha examinado la influencia de la movilidad sobre el desarrollo de vínculos de apego al lugar, subsumiendo el desplazamiento (como movimiento físico entre territorios, o como la condición de estar alejado/a de un emplazamiento de referencia) en un patrón generalizado de experiencias con lugares de segundo orden (clases o tipos de lugar). Pese a ello, los lugares de referencia son en cualquier caso entornos que han estado físicamente disponibles para la persona, habiendo existido vínculos previos territorializados (la casa, el barrio, la ciudad). Agregado a esto, los estudios clásicos en torno a la apropiación y el apego al lugar han señalado algunas vías de construcción de lazos persona-entorno que trascienden el escenario material mediante mecanismos simbólicos, entre ellos el lenguaje, adentrándose en una ontología de los lugares imaginados (ej. paisajes de la infancia, lugares importantes en la tradición familiar, etc.). Más allá, los enfoques socioconstrucciónistas han examinado el habla sobre los lugares y su carácter socialmente contextualizado y orientado a la acción, aunque con ello parecen deslocalizar definitivamente el lugar y reducirlo a una formulación discursiva con escaso o nulo interés analítico en su definición material (el lugar como instancia “localizada” en el lenguaje y con una existencia tan flexible como el propio despliegue del discurso).

Todo ello aporta elementos conceptuales para una aproximación a la construcción de vínculos persona-lugar en condiciones de movilidad o deslocalización, si bien todavía falta un enfoque sistemático válido para el abordaje de casos extremos; por ejemplo: ¿Qué sucede con los hijos e hijas de personas que han inmigrado y que han nacido en el lugar de “destino”? ¿Qué relación mantienen con el lugar de origen? ¿Participan, como sus madres y padres, de los “vínculos transnacionales” (Hopkins, 2007; Kivistö, 2003) que mantienen vivo el sentido del lugar distante? La particularidad, en casos como éste, es que se trata de lazos psicológicos construidos en ausencia del espacio geográfico al cual se refieren, esto es, se trata de una *elaboración desplazada* de dichos lazos con lugares en los que en no pocos casos las personas pueden no haber

estado nunca. Los argumentos teóricos ofrecidos hasta el momento pueden abrir fértiles áreas de trabajo en ese sentido, aportando un valor explicativo extensible al análisis de la construcción de vínculos persona-lugar en otros contextos vivenciales, tales como la implicación psicológica con lugares in-existentes (ej. mundos fantásticos), imaginarios (ej. la Meca nunca visitada), desaparecidos (ej. una ciudad histórica destruida) o simultáneamente “presenciados” (ej. parientes en países lejanos contactados mediante sistemas telefónicos por Internet).

La psicología ambiental, no obstante, tiene todavía recorrido por delante para comprender los procesos deslocalizados de vinculación persona-lugar. La elaboración de nuevas propuestas teóricas rigurosas podría organizarse como mínimo desde tres premisas. Primero, partiendo de epistemologías sensibles a la volatilidad de los marcos geográficos de la experiencia, incorporando el desplazamiento y la virtualidad espacial como nuevas formas de localización; ello implica profundizar y ampliar un repertorio de nociones tradicionales basadas de forma cuestionablemente prioritaria en el arraigo material como vínculo con una importancia psicológica tal vez sobrevalorada, como señala Gustafson (2001b). Segundo, focalizando en el sentido social de los vínculos persona-lugar en el contexto relacional donde se producen y funcionan, lo cual supone desviarse de la inercia teórica a considerar tales vínculos desde una perspectiva individual y socialmente a-problemática; los marcos comprensivos centrados en el simbolismo del espacio y en la construcción discursiva del lugar como creadora de interacción social con implicaciones ideológicas aparecen (o se consolidan) como propuestas especialmente sugerentes. Por último, deben evitarse los planteamientos reduccionistas: los contextos de la experiencia social contemporánea están menos arraigados que nunca, pero al mismo tiempo el espacio sigue teniendo un valor fundamental en la biografía de las personas y en la organización material (desigual) de las relaciones sociales.

REFERENCIAS

- Aiello, A. & Bonaiuto, M. (2003). Rhetorical approach and discursive psychology: The study of environmental discourse. En M. Bonnes, T. Lee & M. Bonaiuto (Eds.), *Psychological theories for environmental issues*. Aldershot: Ashgate.
- Altman, I. & Low, S. (1992). *Place attachment*. New York: Plenum Press.
- Ahmed, S. (1999). Home and away. Narratives of migration and estrangement. *International Journal of Cultural Studies*, 2, 329-347.
- Ahmed, S., Castañeda, C., Fortier, A. & Sheller, M. (2003). *Uprootings/Regroundings*. Oxford: Berg.
- Auburn, T. & Barnes, R. (2006). Producing place: A neo-schutzian perspective on the ‘psychology of place’. *Journal of Environmental Psychology*, 26, 38-50.
- Bauman, Z. (1998). *Globalization: The human consequences*. Oxford: Blackwell.
- Bhabha, H. (1994). *The location of culture*. London: Routledge.
- Billig, M. (1987). *Arguing and thinking. A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bonaiuto, M., Breakwell, G.M. & Cano, I. (1996). Identity processes and environmental threat: The effects of nationalism and local identity upon perception of beach pollution. *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 6, 157-175.
- Breakwell, G.M. (1986). *Coping with threatened identities*. London: Methuen.
- Brower, S. (1980). Territory in urban settings. En I. Altman; A. Rapoport & J.F. Wohlwill (Eds.), *Culture and Environment. Human behavior and environment* (vol.4). New York: Plenum Press.

- Brunson, L., Kuo, F. & Sullivan, W. (2001). Resident appropriation of defendable space in public housing: Implications for safety and community. *Environment & Behavior*, 33, 626-652.
- Burr, V. (1995). *Introducció al construccionalisme social*. Barcelona: UOC.
- Chawla, L. (1992). Attachment to childhood places. En I. Altman & S. Low (Eds.), *Place attachment* (pp. 63-86). New York: Plenum Press.
- Childress, H. (2004). Teenagers, territory and the appropriation of space. *Childhood*, 11, 195-205.
- Devine-Wright, P. & Lions, E. (1997). Remembering pasts and representing places: The construction of national identities in Ireland. *Journal of Environmental Psychology*, 17, 33-45.
- Di Masso, A. (2007). Usos retóricos del espacio público: la organización discursiva de un espacio en conflicto. *Athenaea Digital*, 11, 1-22.
- Dixon, J. & Durrheim, K. (2000). Displacing place-identity: A discursive approach to locating self and other. *British Journal of Social Psychology*, 39, 27-44.
- Edwards, D. (1997). *Discourse and Cognition*. London: Sage.
- Edwards, D. & Potter, J. (1992). *Discursive Psychology*. London: Sage.
- Feldman, R. (1990). Settlement-identity. *Environment & Behavior*, 22, 183-229.
- Fortier, A.M. (2000). *Migrant belongings. Memory, space, identity*. Oxford: Berg.
- Fried, M. (2000). Continuities and discontinuities of place. *Journal of Environmental Psychology*, 20, 193-205.
- Giorgi, S., Padiglione, V. & Pontecorvo, C. (2007). Appropriations: Dynamic of domestic space negotiations in Italian middle-class working families. *Culture & Psychology*, 13, 147-178.
- Graumann, C.F. (1976). The concept of appropriation (Aneignung) and modes of appropriation of space. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC*. Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Gustafson, P. (2001a). Meanings of place: Everyday experience and theoretical conceptualizations. *Journal of Environmental Psychology*, 21, 5-16.
- Gustafson, P. (2001b). Roots and routes. Exploring the relationship between place-attachment and mobility. *Environment and Behavior*, 33, 667-686.
- Gupta, A. & Ferguson, J. (1992). Beyond "culture": Space, identity, and the politics of difference. *Cultural Anthropology*, 7, 6-23.
- Hay, R. (1998). Sense of place in developmental context. *Journal of Environmental Psychology*, 18, 5-29.
- Hidalgo, M.C. & Hernández, B. (2001). Place attachment: Conceptual and empirical questions. *Journal of Environmental Psychology*, 21, 273-281.
- Hopkins, P. (2007). 'Blue squares', 'proper' Muslims and transnational networks. Narratives of national and religious identities amongst young Muslim men living in Scotland. *Ethnicities*, 7, 61-81.
- Kivistö, P. (2003). Social spaces, transnational immigrant communities, and the politics of incorporation. *Ethnicities*, 3, 5-28.
- Korosec-Serfaty, P. (Ed.) (1976). *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC*. Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Korosec-Serfaty, P. (1984). The home from attic to cellar. *Journal of Environmental Psychology*, 4, 303-321.
- Korpela, K. M. (1989). Place-identity as a product of environmental self-regulation. *Journal of Environmental Psychology*, 9, 241-256.
- Leontiev, A. (1959). *El desarrollo del psiquismo*. Madrid: Akal (Ed. 1983).
- Low, S. (1992). Symbolic ties that bind: Place attachment in the Plaza. En I. Altman & S. Low (Eds.), *Place attachment* (pp. 165-185). New York: Plenum Press.
- Low, S. & Altman, I. (1992). Place attachment: A conceptual inquiry. En I. Altman & S. Low (Eds.), *Place attachment* (pp. 1-12). New York: Plenum Press.
- Manzo, L. (2005). For better or worse: Exploring multiple dimensions of place meaning. *Journal of Environmental Psychology*, 25, 67-86.
- Mazumdar, S. (2005). Religious place attachment, squatting, and "qualitative" research: A commentary. *Journal of Environmental Psychology*, 25, 87-95.
- Milgram, S. (1984). Cities as social representations. En Farr & Moscovici (Eds.), *Social representations* (pp. 289-309). Cambridge: Cambridge University Press.
- Milligan, M. (1998). Interactional past and potential: The social construction of Place Attachment. *Symbolic Interaction*, 21, 1-33.
- Moles, A. (1976). Psychological aspects of space appropriation. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC*. Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Pailhous, J. (1984). The representation of urban space: Its development and its role in the organization of journeys. En S. Moscovici & R. Farr (Eds.), *Social representations* (pp. 311-327). Cambridge: Cambridge University Press.

- Pol, E. (1987/1994). La apropiación del espacio. Conferencia pronunciada en la Universidad de Barcelona en 1987. *Familia y Sociedad, 1*, 233-249 (1994). (Reimpreso en 1996 en E. Pol & L. Íñiguez (Eds.), *Cognición, Representación, y Apropiación del Espacio*. Monografías Psico/Socio/Ambientales N° 9. Barcelona: P.U.B.).
- Pol, E. (2002). El modelo dual de la apropiación del espacio. En R. García-Mira, J.M. Sabucedo & J. Romay (Eds.) *Psicología y medio ambiente. Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos*. (pp. 126-132). A Coruña: Asociación Galega de Estudios e Investigacion Psicosocial-Publiedisa
- Potter, J. & Wetherell, M. (1987). *Discourse and Social Psychology*. London: Sage.
- Proshansky, H. (1976). Appropriation et non appropriation (misappropriation) de l'espace. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC*. Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Proshansky, H. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior, 10*, 147-169.
- Proshansky, H.M., Fabian, A.K. & Kaminoff, R. (1983). Place identity: Physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology, 3*, 57-83.
- Rapport, N. & Dawson, A. (1998). *Migrants of belonging*. Oxford: Berg.
- Raymond, H. (1976). Some practical and theoretical aspects of the appropriation of space. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC*. Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Riley, R. (1992). Attachment to ordinary landscape. En I. Altman & S. Low (Eds.), *Place attachment* (pp. 13-35). New York: Plenum Press.
- Rowles, G. (1978). *Prisoners of space?* Colorado: Westview Press.
- Rowles, G. (1983). Place and personal identity in old age: Observations from Appalachia. *Journal of Environmental Psychology, 3*, 299-313.
- Rubert de Ventós, X. (1980). El pudor i els signes: de la psicología a la pornografía. *Saber, 1*, 21-23.
- Sarbin, T. (1983). Place-identity as a component of self: An addendum. *Journal of Environmental Psychology, 3*, 337-342.
- Sassen, S. (2006). *Una sociología de la globalización*. Madrid: Katz.
- Schegloff, E. (1972). Notes on a conversational practice: Formulating place. En D. Sudnow (Ed.), *Studies in Social Interaction*. (pp. 75-119). Glencoe: Free Press.
- Sixsmith, J. (1986). The meaning of home: An exploratory study of environmental experience. *Journal of Environmental Psychology, 6*, 281-298.
- Stokoe, E. & Wallwork, J. (2003). Space invaders: The moral-spatial order in neighbour dispute discourse. *British Journal of Social Psychology, 42*, 551-569
- Stokols, D. & Shumaker, S. (1981). People in places: A transactional view of settings. En J.H. Harvey (Ed.), *Cognition, social behavior and the environment* (pp.441-488). New Jersey, Hillside: Lawrence Erlbaum Associates.
- Tuan, Y-F. (1991). Language and the making of place: A narrative-descriptive approach. *Annals of the Association of American Geographers, 81*, 684-696.
- Twigger-Ross, C. & Uzzell, D. (1996). Place and identity processes. *Journal of Environmental Psychology, 16*, 205-220.
- Valera, S. (1996). Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano. Perspectivas desde la Psicología Ambiental. *Revista de Psicología, 1*, 63-83.
- Valera, S. & Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental. *Anuario de Psicología, 62*, 5-24.
- Vidal, T. & Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología, 36*, 281-297.
- Vidal, T., Pol, E., Guàrdia, J. & Peró, M. (2004). Un modelo de apropiación del espacio mediante ecuaciones estructurales. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano, 5*, 27-52.
- Villela Petit, M. (1976). Space as appropriated and appropriating. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference - 3 IAPC* (pp. 218-225). Louvain-la-Neuve: Cíaco.
- Werner, C., Altman, I. & Oxley, D. (1985). Temporal aspects of homes. A transactional perspective. En I. Altman & C.M. Werner (Ed.), *Home Environments* (pp. 1-32). New York: Plenum Press.